



CAPITULO VII

Comienza el baile

CASI toda la semana había comido y cenado Saldaña en la casa del coronel; pero el sábado fué preciso atenderlo desde el desayuno, porque tenía muchísimo quehacer; empezando por recibir los efectos de la casa de don Quintín, y los trastos, sillas, cubiertos y demás objetos alquilados.

Trastornó los muebles de la casa, improvisó mesas en el comedor, y lo llenó todo de trastos. Comisionó al coronel

para partir en rebanadas el queso de Gruyère; á un capitán, que destapara latas de sardinas, á doña Bartola que pusiera las aceitunas en fuentes de cristal, mientras él formaba pirámides de pasteles y bizcochos, y distribuía botellas con cierto artificio y previsión.

—¿Qué está usted haciendo, Saldaña?

—Véalo usted, coronel; yo soy perito en estos asuntos; ha de estar usted en que no todos saben tomar; todos beben es cierto, pero hasta las personas que se precian de conocedoras, se les puede dar gato por liebre. Vea usted, por ejemplo; aquí tiene usted un Jerez dulzón y contrahecho, en muy bonitas botellas. Este es para las señoras: como son el Málaga y el Moscatel. En seguida tiene usted aquí un Champagne baratito para el común de mártires. Este se da para hacer ruido y para que se oigan muchos taponazos en el comedor. Pero venga usted ahora por acá, coronel: ¿ve usted esta caja? ¡Esta es la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

vol. 1425 MONTERREY, N.M.

Santa Bárbara! Aquí tiene usted cognac de treinta años, unos vinos húngaros, un Jerez legítimo, y Champagne de la Viuda é imperial. De tal manera que cuando quiera usted tomar algo y traer al comedor á algún amigo predilecto viene usted conmigo. Yo sólo sé dónde pongo éste guardado. ¿Me comprende usted, coronel? Ahora, en cuanto á la pastelería, los hay también para la clase de tropa, y para los jefes; yo solo los distingo, porque son iguales en apariencia; pero unos son á peso el ciento, y otros á veinte reales y tres pesos.

—¡Pero, hombre, objetó el coronel; me parece mucho!

—¿Mucho, qué?

—Mucho de beber y mucho de todo.

—No conoce usted á la gente. Ya verá usted como todo desaparece como por encanto, y tan no es mucho en mi concepto, que tengo gratificado á un dependiente de don Quintín, para que esta noche, sea la hora que fuere, des-

pache algún pedido extraordinario si se ofrece. Yo soy muy previsor.

Saldaña no sólo había intervenido en el abasto, sino que había reforzado la servidumbre de la cocina para la limpia de la loza y el cristal. De manera que desde las cinco de la tarde había invadido los dominios de la cocinera una tribu de fregatrices.

Pocas horas faltaban, y el coronel, doña Bartola y Matilde, tenían los pies hinchados.

Leonor había recibido la carta de Enrique, quiere decir, de aquel joven elegante que la había saludado en el paseo, pero cuyo nombre ignoraba todavía. Sin fijarse en la sinceridad que revelaba la carta, lo que más llamó la atención de Leonor fué aquella frase: «soy rico.»

Es que van pasando á toda prisa aquellos tiempos felices que han hecho de la mujer mexicana el modelo de las esposas. La irrupción del lujo en las clases poco acomodadas, va oscurecien-

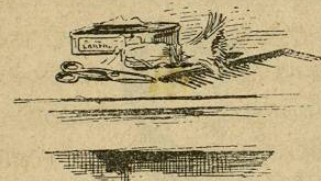
do el fondo inmaculado de las virtudes domésticas, y convirtiendo la modestia y la humildad en esa sed insaciable de atavíos costosos para engañar á la sociedad con un patrimonio y un bienestar que no existen.

La mujer, tocada por ese nuevo estímulo, se coloca voluntariamente al borde de los precipicios, porque cree haber descubierto en el mundo real algo superior á la virtud.

Leonor se ocupó de tomar lenguas, tan luego como recibió la carta de Enrique, y tocóle á Jiménez en suerte, por mediación de Gumesinda, ser el informante; puso á Enrique por las nubes, exagerando sobre todo su fortuna. Leonor sin más reticencia se propuso hacer la conquista decididamente en el baile.

Una vecina de los cuartos bajos de la casa de vecindad que ocupaba Lupe, la madre de las criaturitas de Saldaña, se había encargado de la *toilette* de Lupe. Había sobre la mesa de comer, única en

el cuarto, una lata de sardinas (consumidas hacía muchos años) con agua de la tinaja, una escobeta formada de filamentos de maguey, y un peine al que le quedaban todavía algunos dientes.



Lupe, en su calidad de madre de las criaturitas de Saldaña, como era pobre, modesta y de buenas costumbres, no había pensado nunca en cubrirse la frente con el pelo: la exhibía monda y lironda para que todo el mundo pudiera leer en ella las huellas de la tristeza, que empezaban á caracterizarse por ciertas líneas que sólo se hacían perceptibles cuando Lupe reía ó lloraba.

La vecina aquella, que tenía sus pretensiones de elegante en la vecindad, pues salía los domingos á misa con velo

mantilla, y era además de las que ya habían entrado en la moda del *burrito*, lo primero que hizo fué pelar á Lupe.

Hecha la tonsura, resultó sobre la frente de Lupe una especie de brocha



mojada en humo de ocote, porque el pelo de Lupe, además de tener un *negro recamarera* muy pronunciado, era además tan rebelde como los filamentos de maguey de la escobeta. Entre la escobeta, la brocha, Lupe y la vecina, se emprendió una verdadera campaña; se acabó dos veces el agua de la lata de sardinas, y el cuero cabelludo de la víctima comenzaba á resentirse del tratamiento, y se pensó en un emoliente. La vecina mandó á la barbería de la

misma calle á un muchacho que le pidiera á don Carmen cuartilla de pomada de toronjil ó de canela.

Volvió á poco el muchacho deleitándose con aquel *Opoponax* de cuartito, que don Carmen el barbero, á falta de otra cosa, había embarrado en un papel.

La pomada fué insuficiente para quebrar aquellos cabellos rebeldes, acostumbrados además á una tensión de veintitantos años. No había modo de que bajaran á la frente como Dios manda, de que cayeran por su propio peso sobre las cejas. Después de atusarlos, volvían á levantarse y á separarse hacia los lados obedeciendo á su costumbre.

Al fin hubo necesidad de recurrir á la prueba del fuego, y la vecina mandó entonces al muchacho á ver á doña Antonia la lavandera, que tenía el cuarto núm. 7, para que le prestara una de sus tijeras de encañonar. Las puso á calentar y le quebró, ó más bien le tostó á Lupe aquel burro insurrecto, que no

quería echarse sobre las cejas de Lupe, que era de lo que se trataba.

Lupe se levantó de aquel potro de tormento, se vió en un pedazo de espejo, y se desconoció á sí misma. Estaba tan rara, que ni el padre de sus criaturitas la hubiera conocido.

El corsé, que figuraba en el baúl de Lupe como objeto raro, salió á lucir sus enmohecidos broches, y previa una alforza, sirvió para modificar esas líneas que la mujer ha dado en enmendar á la madre naturaleza; y ya con este cambio, el vestido azul del empeño podía entrar á su lugar.

Lupe no era de un trigueño tan subido que rechazara una mano de gato. La vecina la embadurnó de polvo, y Lupe empezaba á animarse como la estatua de Pigmalión, empezaba á desprenderse del cuadro; rejuvenecía y se *elegantizaba*, formando contraste con el cuarto, con el menaje y con las criaturitas de Saldaña.

Una vez bien ajustado el vestido azul del empeño, la vecina fué á su vivienda para traer una flor artificial, que ya había servido á varias vecinas cuando, como Lupe, tenían que concurrir á baile.

Las criaturitas, en tanto, abrían desmesuradamente los ojos, sin darse cuenta de aquella extraña transformación de su madre. El muchacho que había ido á comprar la pomada, levantaba una vela de sebo lo más alto que podía, para alumbrar bien el cuadro, y en la puerta entreabierta aparecía un grupo de vecinas curiosas atraídas por la novedad.

La vecina que se había encargado de la *toilette*, no esperaba más que colocar en la cabeza de Lupe la flor artificial de que hemos hablado, para abrir la puerta y dar paso á los curiosos. Así fué en efecto.

—Pase usted, doña Margarita. Entren ustedes, dijo dirigiéndose á las de la puerta.

El cuarto fué invadido hasta por seis vecinas.

—¡Oh, qué cosa tan linda de vestido! dijo una.

—¡Y de pura seda!

—¡Y es hecho por modista! dijo otra.

—Eso á legua se conoce, ¿no ve usted qué tablitas?

—Yo creo, agregó otra, que irán á ese baile muchas rotas, pero con dificultad habrá un vestido mejor que el de usted, doña Gualupita.

—Vaya, y mire usted, doña Anita, qué bien le están á Lupe los copetes.

—¿Ya lo ve usted, mialma? Yo se lo he estado diciendo; córtese usted el pelo. Ya sólo las de *altiro probes* lo usan largo.

Una muchacha se había sentado en el suelo para analizar y tocar lo que ella llamaba los *porabajos*.

—A ver, á los *porabajos*, dijeron varias.

Entonces el muchacho que levantaba la vela la puso en el suelo. El examen pasó de la cabeza á los pies.

—Son de cabritilla abronzada, y charol con sus respuntes.

—¡Miren qué bonito pie tiene la vecina!

—¡Si no hay como lo bueno! ¡A fe que con esas babuchas con que anda todos los días! Están muy bonitos. ¿Son de cinco?

—Sí, de cinco pegados, contestó Lupe llena de una satisfacción que no podía ocultar.

Otra de las vecinas, levantando la falda y examinando el adorno de las enaguas:

—Esta punta es hasta *á real y medio* la vara.

—No, doña Anita, eso era antes, yo la *merqué á real*.

Aquellas curiosas hubieran permanecido toda la noche contemplando á Lupe, si no hubiera venido á inte-

rrumpir la escena el amigo de Saldaña, encargado de llevar á Lupe al baile.

—Buenas noches.

—Buenas noches, don Lucio, contestó la vecina que había peinado á Lupe.

—Buenas noches dé Dios *asté*, señor, dijo una vieja; pase usted adentro.

—Buenas noches, dijeron en varios tonos las demás vecinas.

El muchacho volvió á levantar la vela, seguro de que aquel señor querría también contemplar á Lupe.

—Está usted elegantísima, exclamó el recién venido; parece usted otra.

—¿No es verdad, don Lucio? ¡De lo vivo á lo pintado!

—¡Válgame Dios! dijo la vieja, ¡y lo que son los trapos! No en balde las muchachas hacen hoy día tantas locuras por ellos.

—Sí, no hay como el dinero.

—Ya se ve que sí; dijo otra. Con dinero baila el perro.

—Pero don Saldaña es rico, dijo una maliciosamente.

—¡Vaya! agregó una tercera, siempre que viene á almorzar gasta en mole de guajolote y compra hasta *rial y cuartilla* de pulque.

—Bueno; pero yo lo decía por el vestido.

—El vestido ha costado algunos pesos.

—¡Vaya! ¡Cómo no! ¡si es de puro raso!

—Y del bueno, dijo otra, porque hay rasos hasta seis *riales*, y éste no.

—Ande usted, mialma, que se está haciendo tarde, ya dieron cuánto há las ocho.

—Pues á la hora que usted disponga, dijo don Lucio.

Este don Lucio, amigo de Saldaña, venía de levita negra abrochada, y sorbete, como aquellas gentes le llamaban al sombrero alto. Sombrero que no se había quitado, con el objeto de que los

curiosos aquellos pudieran contemplarlo á su sabor.

Don Lucio, efectivamente, podía confundirse en la concurrencia del baile, y por su aspecto nadie pensaría que aquel señor era artista, artista del cabello, quiere decir, que tenía un salón de aseo, ó en resumidas cuentas, que era barbero. Pero como el salón de aseo de don Lucio medía tres varas y media, y estaba en calle apartada, Saldaña estaba seguro de que nadie lo conocería en el baile.

Cuando Lupe estuvo perfectamente ataviada, y vista por las vecinas, se puso en los hombros un tápalo negro, y se cubrió cuidadosamente la cabeza con una *salida de teatro*, de estambre blanco. Después de dejar muy recomendadas á sus criaturitas con una vecina, cerró su cuarto, y levantándose la falda azul con ambas manos y pisando de puntitas sobre el sinuoso pavimento del patio, se encaminó al zaguán, seguida por las

vecinas y alumbrada por dos ó tres velas de sebo que bondadosamente sacaban las curiosas y los muchachos.

Entre éstos había dos que iban alumbrando con cerillos el pasadizo que recorría Lupe.

Por fin se encontró en la calle, del brazo de su acompañante, y en camino para el baile.

Desde las ocho de la noche comenzó Saldaña á encender las velas de la sala, mientras Matilde, Bartolita y su marido hacían su *toilette*. La cocina estaba atestada de criados, que se veían los unos y los otros por la primera vez.

—Yo no sé si nos debemos ir, decía una fregatriz, envuelta la cabeza en un rebozo remendado, *onde* que ha fregado una todo el día, que todos mis trapos los tengo empapados.

—Yo tengo las manos, dijo otra de la misma calaña, que hasta la sangre me quiere brotar; pero como no nos han pagado, yo pensaré que nos necesitan.

—¿Paqué, digasté?

—¿Como paqué? pa fregar también de noche.

—¿El suelo?

—No, los trastes.

—¿Pos no ve usté que están limpios?

—Pero deje que vengan *los rotos*, y verá lo que es ensuciar. Sí, yo ya sé *deso*.

—¿Pos sólo que sea *pa eso*, y ese será otro son? ¿no, doña?

—Pos afuerza, eso se paga aparte; porque siendo casa de desvelada... ¿no le parece á usté?

—Y luego que ni *pa* un trago de pulque nos han dado.

—Yo, gracias á Dios, *traiba* medio y tres tlacos de lo mío.

—¡Dichosa usted! que yo me vine sin blanca, y como una viene *aucionada* á su trabajo...

—¿Pos qué tienen *ora* sed? preguntó con cierta intención erótica el más joven de los garbanceros, y acercándose

mucho á las dos fregatrices, que acurrucadas en el suelo y en posturas de ídolos aztecas hacían aquellos comentarios.

—¡Pos no! dijo la más relamida, moviendo la cabeza con cierto dengue y haciéndose de nuevo el embozo del rebozo de modo de cubrirse la boca.

Cuando un caballero y una señorita coquetean, el niño amor juguetea entre ellos con el alfiler del pecho que quiere desprenderse, con el encaje del puño que se había volteado un poco, con el abanico que una frase ha dejado á medio abrir, con las puntitas color de rosa de los dedos que toman las actitudes de los tentáculos de las mariposas y de otros coleópteros; juega el niño amor, en fin, con las miradas, con las sonrisas, con las reticencias, con los puntos suspensivos, y hasta con el aliento. Pero cuando se trata de amor en nuestra servidumbre, ó como se dice aquí, *entre garbanzos*, entonces niño amor, encaje,

abanico, sonrisa y todo eso junto, se reduce á entreabrirse con ambas manos cerca de la cara la orilla del rebozo, dejando percibir por un momento el pescuezo cobrizo, y arrebujiándose después con el emboce, de manera que tape un poco más la boca, aun cuando no haga frío, tapada de boca que, traducida elocuentemente por el pretendiente, es como si ella dijera: «no sea usted malo,» «yo soy muy recatada,» «esas cosas me ruborizan,» etc., etc.

Si la fregatriz hubiera contestado á secas que tenía ó que no tenía sed, el *garbancero* hubiera dado la vuelta indiferente; pero como la mujer dijo: «¡Pos no!» y se arrebujió, volviendo la cara, fué aquel el momento supremo en que el doméstico comprendió toda la inmensidad de su dicha.

Para realizarla, se dirigió á un camarada, á un criado alquilado por Saldaña y de todas sus confianzas.

—Oiga, vale, le dijo, con cierto aire

de reserva; dizque las señoras tienen sed.

—¿Qué señoras?

—Pos las que fregaron.

—¿Y qué?

—Yo lo decía porque, ya ve usted, que á los criados luego les dan al último, ó bien á bien no les dan.

—Pero á mí don Saldaña me ha entregado [todo por cuenta, y no vaya á decir...

—No, ¡qué ha de decir! Ni *ónde* va á echar de menos una botella.

—Pos... replicó el alquilado, rascándose la cabeza. Lo que es necesario es *tantiar* y...

—*Misté...* y *paqué* es más que la verdad. Yo no sé cómo se vino entre el zacate esta botellita, dijo llevándose al vale á la azotehuela.

—¡Anisete! dijo el alquilado viendo contra la luz de la cocina. Bueno, pos si es anisete, lléveles á esas señoras.

El adjudicatario de la botella vació la